

La casa de las cariátides

La fría navidad del 2011 la pasé debajo del nórdico en mi recién alquilado estudio de Anopolis, en Tesalónica. Afuera nevaba y mientras la nieve se acumulaba sobre las sillas y la mesa de hierro de la terraza, yo leía los libros de Kostas Taktís, *El cambio* y *La tercera corona*. En la página 69 según el ejemplar de las Ediciones Gabrielides (Atenas, 2009) que había recién comprado, leí lo que desencadenaría mi descubrimiento más importante de ese invierno:

La casa de mi padre estaba sobre la calle de los Santos Incorpóreos. Si pasamos un día te la enseño. Delante tiene un pequeño balcón con dos cariátides. Paso ahora y las veo y me vienen lágrimas a los ojos. Allí pasaba las tardes. Regaba las plantas y me sentaba en una silla y tejía. (Traducción sobre la marcha)

La casa de las cariátides, todavía en la página 75 seguía repitiéndome *la casa de las cariátides*, sin saber lo que leía. Y me detuve.

El verano de ese mismo año me había hecho a través de e-bay de una cámara analógica Canon AE-1 que me había llegado desde algún lugar de Maine y ahora reposaba sobre la mesa del salón (mi casa se componía sólo de salón y baño), cargada con un carrete Ilford b/n ISO 400. Agarré la cámara y me puse a tirarle fotos a la mesa nevada a través de la ventana de vidrio. Las fotos, aunque todavía no lo sabía pues tenía que esperar el revelado, se preocupaban por una imagen cuya composición se basaba en una de mis mayores obsesiones, la simetría.

La casa de las cariátides... la simetría, y salté hacia el ordenador. Durante el otoño me había dedicado a crear un archivo con fotos de algunos de los mejores fotógrafos, que eran también los más famosos. Yo quería aprender a sacar fotos y la única forma que conocía para estudiar fotografía era ver las fotos de los otros, las buenas fotos de los buenos fotógrafos. Abrí la carpeta *Henri Cartier-Bresson* y con doble click el Picassa me reprodujo las imágenes que había visto decenas de veces. Esta vez me fijé en esa foto en que dos ancianas vestidas de negro caminan (se detienen para siempre) en una acera cualquiera, mientras sobre sus cabezas canosas cuelga un balcón cuyas columnas son dos cariátides. La foto, de una simetría impecable, creaba además un paralelismo semántico que ahora, a partir de esa fría tarde invernal sería también significativo. La acera dejaba de ser cualquier acera y la casa se convertía en la casa del libro, la casa del padre de una de las narradoras de la novela en que Kostas Taktís le prestaba su voz a doña Écabe, cuya vida literaria transcurría entre Atenas, la ciudad donde estaba la calle donde estaba *la casa de las cariátides*, y Tesalónica, donde estaba la casa (o el salón-estudio) desde donde yo veía nevar aquella navidad nevada.

Hasta ese momento yo no había reparado en un punto (Barthes diría años más tarde *punctum*) de la foto. Debajo de la baranda del balcón, coronando una de las puertas de la primera planta, se podía leer un cartel con la palabra KOYPEION. Mis hasta esa fecha más de cinco años de estancia en Grecia, donde estudiaba filología griega contemporánea, me habían permitido un conocimiento tal de la lengua griega como para saber que se trataba nada más y nada menos que de una BARBERIA (traducción *ad pedem litterae*). Cómo nunca antes había relacionado las cariátides de la foto con cariátides griegas, sobre todo si se piensa en el Erecteion etc., es algo que todavía hoy

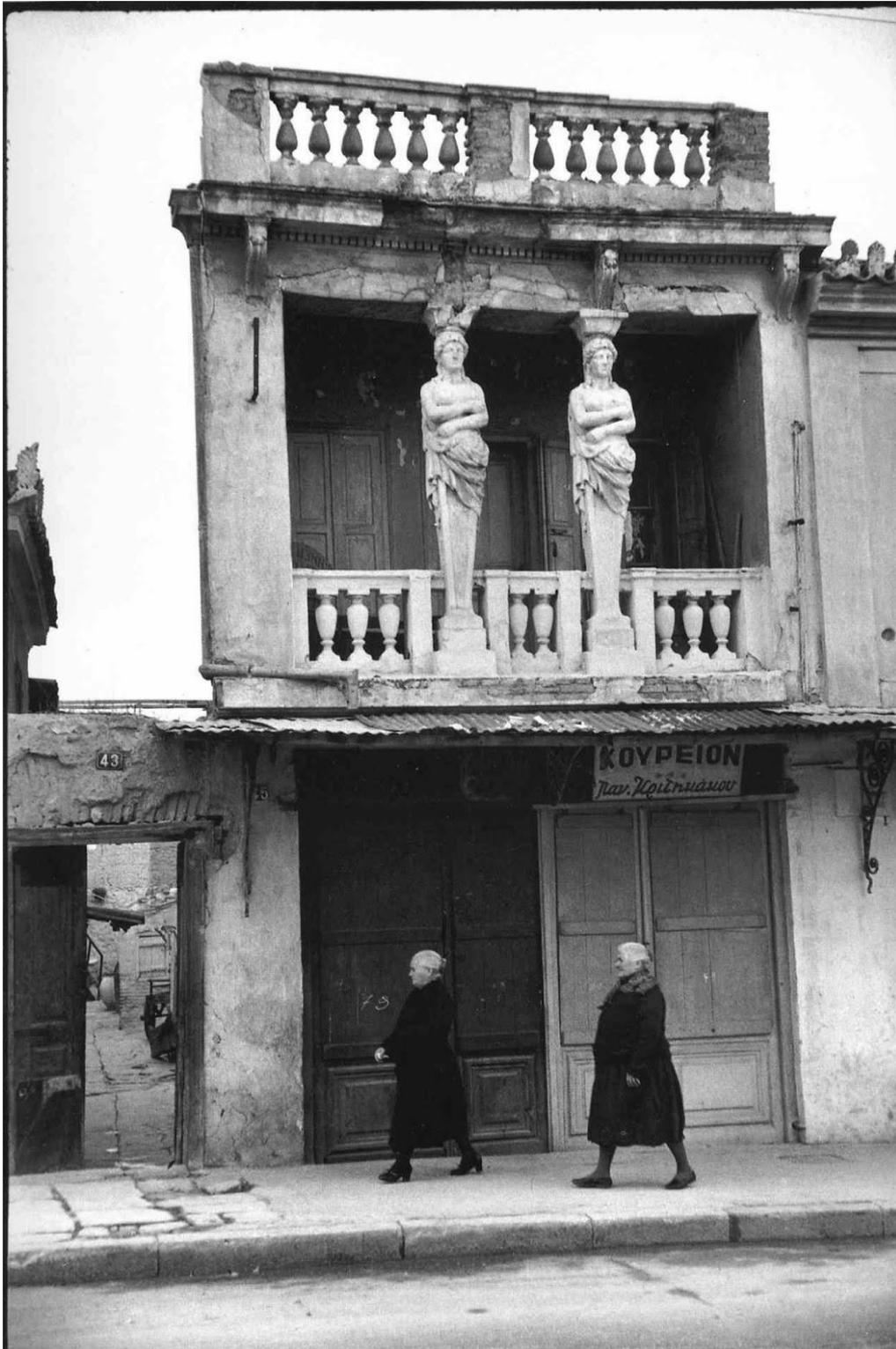
no puedo explicar. Puedo sólo aducir esa especie de inercia que consiste en no pensar en un lugar hasta el momento en que lo abandonas, pues a veces sólo la distancia es capaz de alumbrar espacios que de tan familiares se vuelven comunes.

Otros dos o tres clicks en el ordenador y supe a ciencia cierta que Cartier-Bresson había tomado esa foto en Atenas en el año 1953. Pero por eso mismo, por tratarse de Atenas, ¿qué garantías podía tener de que esa era la casa del libro, porque cuántas casas en Atenas no podían tener un balcón con dos Cariátides? Pero ¿necesitaba pruebas? Por supuesto que no, estaba decidido, esa era la casa y punto y punctum.

Días antes días después, esa misma navidad, vino a mi casa bajo la nieve mi amigo y compañero de clases Kyriakos. No me podía perder, decía, caminar por Anopolis mientras nevaba. Y tenía razón, era especial. Pero el frío sólo me dejó llegar hasta un café donde nos metimos a tomarnos un chocolate y a jugar ajedrez. De la nieve cayendo sobre las casas medievales del barrio y de la partida de ajedrez, mi Canon AE-1 dejó constancia histórica. Como ni Kyriakos ni yo éramos jugadores profesionales ni existía entre nosotros afán competitivo, hablábamos de cualquier cosa mientras jugábamos, de hecho, hablábamos más de lo que jugábamos. En una de esas le pido a Kyriakos que me aconseje sobre dónde encontrar documentación bibliográfica sobre un escritor griego del que yo pensaba hacer mi tesis de maestría, Giannis Skaribas. Pretendía yo defender la tesis de que su segunda novela, *El solo del Fígaro*, era una obra de poética. Algo audaz puesto que el libro, publicado en 1939 era nada más el quinto en la carrera literaria del autor, que tuvo tiempo de publicar más de 25 hasta la década de los 80. Tenía que demostrar que en un momento tan temprano ya Skaribas había definido completamente su tectónica creativa, su filosofía literaria, su poética.

Kyriakos, entre otras cosas, me aconsejó unos documentales sobre el autor disponibles en internet, en los archivos de la Radio Televisión Griega (EPT). Tomamos chocolate, jugamos algunas partidas de ajedrez y admiramos la nieve caer en el viejo barrio de Anopolis. De vuelta a casa vi los documentales pero mientras hablaba con Kyriakos casi me había arrepentido de hacer mi tesis sobre ese tema. Tener que leerme los casi veinte libros que conformaban la prosa de Skaribas me había desalentado pues no tenía mucho tiempo, así que desanimado, depuse el ánimo, pusilánime. Pero esa noche, en los mismos archivos de EPT encontré otros muchos documentales de una serie dedicada a figuras de la literatura griega contemporánea. La serie, si tengo que traducir su título diría *Entre bastidores*, incluía un documental dedicado a Kostas Taksís del año '82. En él, el autor de los libros que yo leía en ese momento, guiaba la cámara durante un recorrido por las locaciones de Atenas en las que se había basado a la hora de ubicar los sucesos de su novela *La tercera corona*. Descargué el documental sin verlo pero en seguida lo vi. Entonces, en el minuto 20, hizo su aparición. La cámara, tras un paneo por las fachadas vecinas, se detiene justo ahí, en *la casa de las cariátides*. Frente a ella el escritor le habla al lente, recita de memoria el fragmento de la página 69 y dice lo consabido, lo que yo ya sabía, que él no sabe en realidad dónde vivió su abuela -persona en quien se basa el personaje- y que la pone a vivir en esa casa por puro capricho, por antojo ficcional. A mí se me antoja que Kostas Taksís, que vivió algunos años en París, conocía la foto de Cartier-Bresson, pero esta es otra patraña ficticia. Detrás, la puerta del primer piso parece conservar todavía el cartel que revelaba lo que sucedía en el local

en 1953, cuando el fotógrafo francés congeló para siempre el paso acompasado de las ancianas bajo las inmóviles cariátides.



Henri Cartier-Bresson, Atenas, 1953